

RUSIA Y SU CARRERA HACIA EL MAR*

Eri Solís Oyarzún
Contraalmirante

Los zares se veían siempre tentados a adelantar sus bastiones avanzados en dirección al este. Y como el invierno sometía a su Imperio durante seis meses a un verdadero bloqueo, intentaban por todos los medios llegar a los puertos de los mares cálidos. André Fontaine.

Como ya se expresara en el artículo *El expansionismo ruso, una constante histórica*, Rusia era originariamente un aislado enclave mediterráneo montado a horcajadas sobre las principales vías fluviales, que controlaba el flujo del copioso comercio entre Bizancio y los pueblos nórdicos del Báltico. Durante su desarrollo y evolución como Estado-Nación, se encontró rodeada por poderosos reinos que eran los dueños del litoral de los mares navegables adyacentes; Suecia, Polonia y los caballeros teutones eran los amos del Báltico; el mar Negro y el mar Caspio estaban bajo el dominio de los kanes de la Horda de Oro, siendo reemplazados posteriormente por los sultanes del Imperio otomano, que, además, le impedía alcanzar el gran Mediterráneo; hacia el este, el exótico e ignoto Imperio chino le cerraba el paso hacia el lejano océano Pacífico; por último, la naturaleza hostil le obstaculizaba el paso hacia el helado y obstruido océano Artico.

El avance ruso hacia los mares, que aún continúa, se llevó a efecto radialmente, distinguiéndose cinco ejes principales.

El primero de ellos apunta al norte, hacia el helado océano Artico; los demás hacia aguas azules, teniendo el segundo dirección noroeste, hacia el mar del Norte a través del mar Báltico; el tercero se encauza hacia el suroeste, para desembocar en el mar Mediterráneo, cruzando el mar Negro; el cuarto, con rumbo sur, apunta al Caspio pero su meta final es el océano Indico; por último, el quinto corre hacia el este, para adentrarse en el océano Pacífico.

La primera ocasión en que Rusia alcanzó las saladas aguas del mar fue en el siglo XII, cuando avanzó en el eje norte y se estableció en las orillas del congelado y casi intransitable mar Blanco, empleándolo como vía de intercambio comercial con Gran Bretaña y los Países Bajos; además, le sirvió de apoyo en su penetración hacia el este, para adueñarse del resto del litoral Artico y de la Siberia. La ocupación integral de estos espacios fue completada durante el siglo XVII.

El camino hacia el noroeste lo emprendió Iván III el Grande, en el transcurso del siglo XV, cuando erigió Ivangorod,

* Segunda parte de la serie iniciada en *Revista de Marina* N° 2/1984, p. 157.

fortaleza situada en las proximidades del golfo de Finlandia. Sin embargo, quien logró acceder realmente al mar Báltico fue Pedro I el Grande, quien reinó entre los años 1689-1725 y es considerado como el fundador de la Armada rusa; al respecto, Carlos Marx describe la situación mediterránea en que este zar recibió a su reino y justifica su expansión imperialista. "Nunca alguna gran nación ha existido o podido existir en tal posición continental, como inicialmente estaba el Estado de Pedro el Grande; ninguna nación ha permanecido impasible contemplando cómo le era negado el litoral y la desembocadura de sus ríos. Rusia no podía dejar que la boca del Neva, el único camino de salida de los productos de Rusia del norte, estuviese en poder de los suecos"(1). El Almirante S. Gorshkov complementa el pensamiento de su maestro, afirmando: "La lucha de Rusia para salir al mar requería formar urgentemente un Ejército y una Armada poderosas. Por lo tanto, la fundación de la Armada bajo Pedro I fue la continuación lógica del precedente desarrollo de Rusia como Estado"(2).

Pedro el Grande se interesó profundamente en todo lo relacionado con las actividades marítimas, llegando incluso a trabajar personalmente por largo tiempo en astilleros holandeses e ingleses, para adquirir los conocimientos prácticos y teóricos sobre la construcción naval, y a su regreso al país contrató a quinientos técnicos y obreros británicos para desarrollar esta industria naval en Rusia. Se preocupó, además, de dotar a sus astilleros de la maquinaria, instrumental, material, planos, bibliografía, etc., que estos requerían.

Pedro I, como símbolo visible de la nueva orientación y vocación marítima de su país, hizo construir –a costa de treinta mil vidas– una nueva e importante capital en la pantanosa desembocadura del Neva, a la que concedió el honor de darle su nombre: Petrogrado, hoy llamada Leningrado.

Durante su gobierno, Pedro I sostuvo largas y cruentas guerras con sus vecinos del noroeste, los que, dirigidos por Suecia, se opusieron tenazmente al avance ruso, pero finalmente fueron vencidos; ello causó la eliminación de Suecia como potencia europea de primer orden y la transformación del Báltico en un lago prácticamente ruso, al conquistar sus principales puertos, entre ellos, Viborg, Riga, Sernov, Arensburg, Reval y Helsinki. La Armada rusa, que tuvo una destacada participación en estas guerras de conquistas, quedó como la fuerza naval dominante en tales aguas.

Esta continua y vigorosa expansión rusa hacia el noroeste despertó los recelos y temores del resto de las potencias marítimas europeas, las que impidieron todo posterior avance; Pedro I y sus sucesores tuvieron que aceptar resignadamente mantenerse dentro del Báltico. El último gran salto hacia el mar del Norte lo dio Stalin, después de la Segunda Guerra Mundial, cuando –gracias a la debilidad y complacencia occidental– ocupó los Estados Bálticos, Polonia y Alemania oriental, llegando actualmente el Imperio soviético hasta el golfo de Lubeck; no obstante, Rusia aún permanece encerrada en el Báltico por los estrechos Belt, que le impiden salir libremente a las aguas del mar del Norte, su meta final en este eje.

El camino seguido por Rusia hacia el Mediterráneo, en el eje suroeste, es tal vez el más duro y frustrante, pues sus prolongados y enormes esfuerzos desplegados en este sentido no han sido coronados hasta la fecha por el éxito, aunque –como dice Solzhenitsyn– "... nuestro eterno sueño de controlar estrechos, aun cuando nunca realizado, llegaría a ser –en último término– improcedente en razón de los pasos gigantes que Rusia dio hacia el Mediterráneo y los océanos". (?)

Cuando Iván III contrajo matrimonio con Sofía Paleólogo, nieta del último emperador de Bizancio, junto con satisfacer

(1) Carlos Marx: *Diplomacia Secreta del siglo XVIII*.

(2) S. Gorshkov: *Red Star Rising at Sea*, p. 13.

la vocación paneslavista y las ansias de dirección de la iglesia ortodoxa, se inspiró también en la aspiración marítima de Rusia hacia el Mediterráneo. El primer ensayo para compartir el litoral del mar Negro con los turcos lo había realizado Pedro I el Grande, pero la violenta reacción del sultán reinante rechazó tal intento, expulsándolo de sus aguas y riberas.

La continuadora de estos empeños fue Catalina II la Grande, quien hábilmente empleó la religión y el poder naval en su tentativa para llegar al mar Negro con la ayuda de la cristiandad, que la apoyó para rescatar la región del dominio del Islam infiel. Sostuvo dos venturosas guerras con el ya decadente Imperio turco; durante la primera operaron en el Mediterráneo dos poderosos escuadrones navales rusos provenientes del Báltico, cuyas tareas eran aislar marítimamente a la Sublime Puerta y sublevar a las poblaciones cristianas sometidas al yugo otomano; la segunda conflagración se resolvió enteramente en el mar Negro. Aunque la zarina logró el triunfo militar en ambas guerras, no pudo tomar posesión de los Dardanelos, que era su objetivo político final, porque las potencias mediterráneas, incluyendo Inglaterra, rechazaron tal pretensión, ya que no deseaban ver al águila bicéfala ondeando permanentemente en esas aguas. Ante tal circunstancia, la humillada Catalina tuvo que contentarse con seguir encerrada en el mar Negro, pero gozando del litoral obtenido de Turquía, que se extendía desde el Dniester hasta Novorossiysk, incluyendo la estratégica península de Crimea, que por su posición geográfica domina todo el mar Negro.

Rusia intervino en las numerosas guerras que se desarrollaron durante el tumultuoso período que convulsionó al mundo, desde la toma de la Bastilla hasta Waterloo.

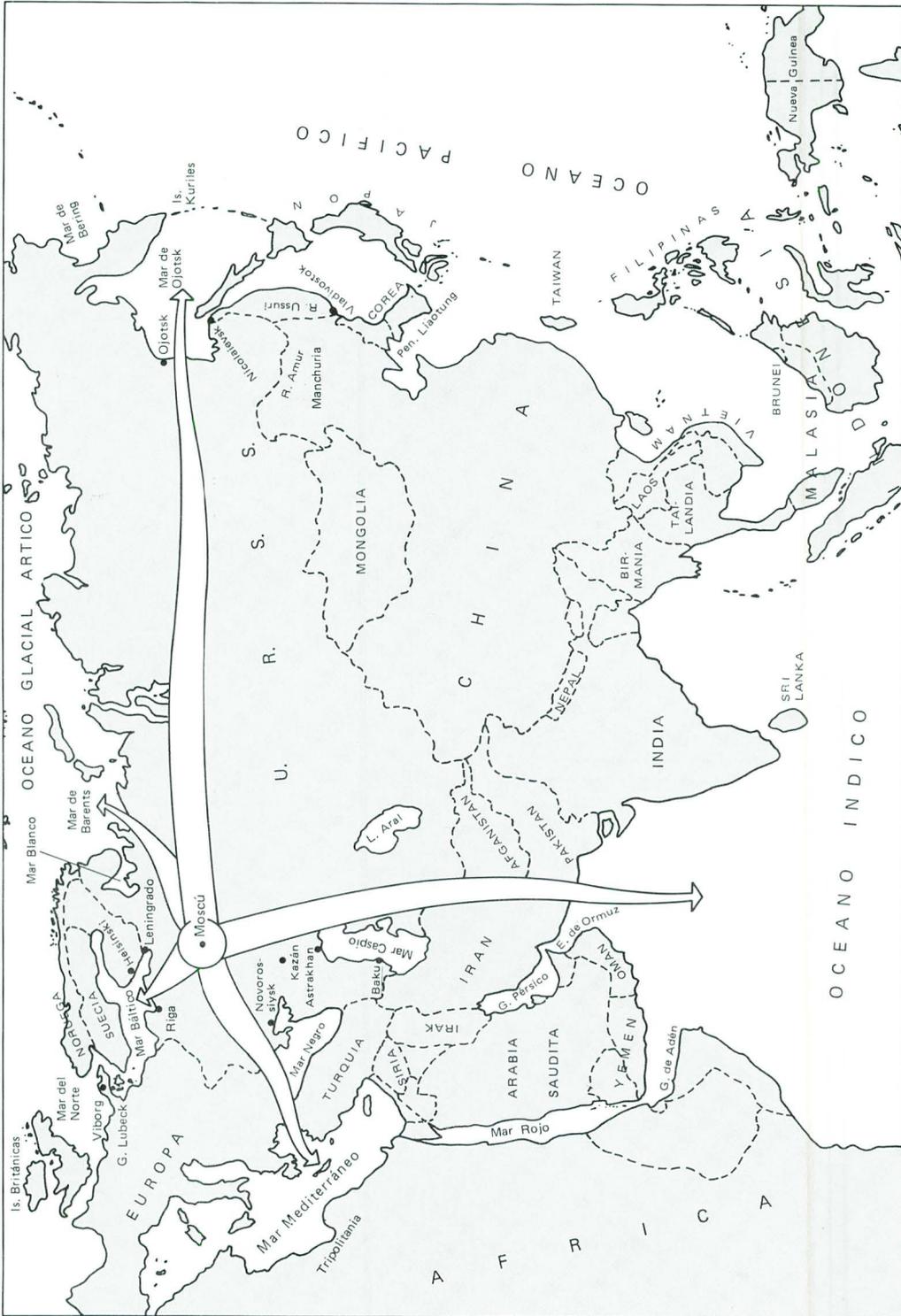
Durante las guerras napoleónicas combatió indistintamente como aliado o enemigo del genial emperador francés; sin embargo, nunca perdió de vista su objetivo político de extender su influencia en los Balcanes y salir al Mediterráneo,

todo ello a costa del Hombre enfermo, como era peyorativamente denominado el débil Imperio turco. En esta época operaron significativas fuerzas navales rusas en prolongadas campañas, llegando, mediante afortunadas operaciones de proyección, a conquistar Corfú y otras islas jónicas; sin embargo, sus eventuales aliados negaron invariablemente a Rusia la posibilidad de establecerse permanentemente en el Mediterráneo, obligándola a devolver tales posiciones, conquistadas a costa de sangre rusa.

Durante el resto del siglo XIX, Rusia estuvo en permanente confrontación con Turquía, lo que derivó en tres conflictos abiertos, incluida en ellos la guerra de Crimea. Con excepción de esta última, en donde Rusia fue derrotada por una coalición formada por Inglaterra, Francia y Turquía, a la postre Moscú obtuvo importantes ganancias territoriales y el paulatino debilitamiento del Imperio turco; aún así, por la pertinaz negativa de las potencias europeas, siempre fracasó en sus pretensiones de apoderarse de los estrechos turcos.

La Primera Guerra Mundial se desencadenó cuando Nicolás II, en su rol de protector de los Estados balcánicos, se interpuso entre el Imperio austro-húngaro y Serbia; su participación logró arrancar por primera vez a Inglaterra y Francia la promesa formal de que, al término de la guerra, en el reparto del botín, Rusia quedaría dueña de los estrechos de Turquía, aliada en ese conflicto con las potencias centrales. Sin embargo, el destino le jugó nuevamente una mala pasada, pues cuando finalizó la contienda, Rusia ya no estaba entre los aliados vencedores, debido a que el corrompido régimen zarista sucumbió ante la terrible prueba de las armas, provocando su desertión de los campos de batalla y su propio colapso, con las trágicas consecuencias políticas ya conocidas.

Con el advenimiento y consolidación del comunismo en Rusia, su afán hegemónico se vigorizó extraordinariamente, ya que el mesianismo marxista se injertó y



PRINCIPALES EJES DEL AVANCE RUSO HACIA LOS MARES

amalgamó con el mesianismo ruso, formando un sólido metal que amplía los horizontes de los anhelos imperialistas, ahora hacia la dominación mundial, como ya lo profetizara Bakunin en 1848: "el día en que del océano de sangre y fuego surgirá en Moscú, hasta la altura del cielo, la estrella de la revolución para convertirse en guía de la Humanidad"(3).

La ocasión para materializar esta expansión soviética se presentó muy pronto, cuando –en 1939– Hitler y Stalin –como aliados "de facto" hasta 1941– se repartieron Europa oriental; junto con provocar el inicio de la Segunda Guerra Mundial, Stalin, como precio a su complicidad, exigió, entre otras compensaciones, tener una base naval en los Dardanelos, la misma exigencia presentada infructuosamente a sus aliados democráticos cuatro años más tarde. Como estos últimos requerimientos no le dieron resultados, tanto en Yalta como en Postdam, Stalin decidió chantajear al gobierno turco concentrando tropas soviéticas en sus fronteras, mientras le presentaba notas con características de ultimátum; esta situación produjo una seria crisis que culminó cuando el gobierno de Estados Unidos envió a Estambul, en abril de 1946, una poderosa fuerza naval –integrada por portaaviones, acorazados, cruceros y destructores–, neutralizando así los esfuerzos moscovitas.

También Rusia trató de adquirir bases navales permanentes en el propio Mediterráneo, para mejorar la posición estratégica de su poder naval. En el reparto del Imperio italiano de Africa, Molotov, en contradicción a la voceada política anticolonialista soviética, solicitó se le entregase la Tripolitania. Además, pidió la cesión de De Dea Gach (Alexendrouópolis) en el mar Negro; ambos requerimientos fueron desechados. Por otra parte, los dirigentes comunistas, no contentos con este procedimiento pacífico, emplearon simultáneamente la subversión y la guerri-

lla para apoderarse de Grecia; tal proyecto fue malogrado gracias a la oportuna reacción de Gran Bretaña.

En resumen, a pesar de los esfuerzos y sacrificios desplegados durante siglos, Rusia hasta hoy no es dueña de los estrechos turcos, viendo frustrados sus anhelos ancestrales de acceder soberanamente al Mediterráneo y ver a sus poderosas fuerzas navales libremente desplegadas en esas aguas, sin que deban depender, para su apoyo operativo, de la voluble voluntad e intereses de los inestables gobiernos que se extienden en la ribera sur de ese mar, lo que constituye su talón de Aquiles. Por esta razón, los soviéticos no cejarán en sus propósitos de conquista, como lo evidencian las palabras del Comandante en Jefe de la Armada roja: "... Rusia es una potencia mediterránea. La ubicación de sus fuerzas en estas aguas está basada no solamente en una condición geográfica (su proximidad del mar Negro al teatro Mediterráneo), sino también en la antigua necesidad de estar ahí" (4).

Otra larga e inconclusa marcha de Rusia hacia aguas cálidas, es su avance en el eje sur hacia el océano Indico. El primer paso en esta dirección lo dio Iván IV el Terrible, a mediados del siglo xvi. Mediante prolongadas y costosas guerras contra los kanes mongoles conquistó Kazán y Astrakhan, con lo que alcanzó las orillas del mar Caspio. Su obra fue intermitentemente proseguida por sus sucesores en el trono, destacando Pedro I el Grande, quien –recurriendo a las armas– se apoderó de todo el litoral poniente y meridional del Caspio pero, al firmar la paz, evacuó su ribera sur.

En el siglo xix, Rusia reanudó su penetración en esta área, sosteniendo numerosas disputas armadas con Persia, llegando a conquistar el contorno de Levante del mar Caspio y avanzando más hacia el este, ya que no pudo continuar

(3) Marcel Riviere: *Bakounine et le panslavisme revolutionnaire*, p. 270.

(4) S. Gorshkov: *Red Star Rising at Sea*, p. 21.

hacia el sur, puesto que Inglaterra se lo impidió, alarmada por la amenaza que esta expansión representaba para Afganistán y la India.

El progreso hacia el sur se detuvo hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Stalin, como aliado inicial de Alemania nazi, requirió: "que el sur de Batum y de Baku en dirección del golfo Pérsico, se reconociese incluido en la zona de influencia soviética" (5).

Posteriormente, ya como aliado de las democracias, conjuntamente con los británicos, Stalin invadió a Irán, asegurando los pozos petrolíferos del golfo Pérsico y la ruta de aprovisionamiento terrestre que se interna desde el golfo hacia Rusia; terminadas las hostilidades, Rusia fue reacia a evacuar la región ocupada por el Ejército soviético y lo hizo sólo cuando fue presionada por sus antiguos aliados; luego, no obstante, intentó crear en Irán las conocidas Repúblicas Populares, pero este intento fue aplastado por las fuerzas del Sha. Sin embargo, no ha cejado en sus esfuerzos para convertir a Irán en su satélite, esfuerzos que provocaron indirectamente la caída del régimen del sha Phalevi, quien fue reemplazado por el fanático gobierno del ayatollah Khomeini.

La última gran aventura en el eje sur lo constituye la ocupación de Afganistán, invasión de resultados hasta ahora precarios, pero que lo ha dejado a sólo 250 millas de las cálidas y ansiadas aguas del océano Indico.

El progreso en el eje este, orientado hacia el Pacífico, fue en un principio el más rápido y provechoso, pero desde los inicios del siglo xx ha encontrado serios inconvenientes para conseguir sus ambiciosas metas. Iván IV el Terrible, conjuntamente con iniciar el camino hacia el sur, avanzó en dirección al este; en 1580 se adentró hacia Siberia, en base a grupos de cosacos del Don; a medida que se va abriendo caminos, va colonizando las extensas y heladas tundras siberianas,

alcanzando el océano Pacífico a mediados del siglo xvii y culminando con la fundación del puerto de Ojotsk en 1645.

Pedro el Grande anexó a su Imperio el territorio de Chukchi y la península de Kamchatka. Posteriormente, y por un largo período, los zares se desinteresaron de estos extensos territorios, pero volvieron a cobrar actualidad a mediados del siglo xix, inmediatamente después de la desastrosa guerra de Crimea.

Rusia, al analizar su situación post-conflicto, apreció que continuaba bloqueada en el mar Blanco por los hielos invernales, y en el mar Negro por los estrechos turcos, que contaban con la protección de Austria, Francia y Gran Bretaña; en el mar Báltico por los estrechos Belt, bajo la tutela de Prusia y Gran Bretaña, y en el Indico por Gran Bretaña; por tanto, la única alternativa viable era alcanzar las aguas del Pacífico a expensas del Imperio chino, en plena descomposición. La primera fase consistió en barrer al Celeste Imperio de la desembocadura del Amur, en donde construyeron Nicolaievsk. Años más tarde, aprovechando que China estaba en guerra con dos potencias europeas, presionan políticamente a Pekín y se apoderan de todo el territorio comprendido entre los ríos Amur y Ussuri y el mar del Japón, territorio que recibió el nombre de Provincia Marítima y en el cual se construyó la base naval de Vladivostok, que –sugestivamente– significa "el dominador de Oriente". Luego, Rusia emprendió el mejoramiento de la vía terrestre que comunica esta región con la zona corazón del Imperio, construyendo el ferrocarril transiberiano; como esta vital y estratégica vía férrea necesitaba atravesar la Manchuria, se apoderó de ella.

Después de la guerra chino-japonesa, mediante hábiles intrigas políticas, impidió que Japón se apoderase de Puerto Arturo y de la península de Liaotung, región cedida al Mikado por la desolada

(5) Paul Schmidt: *Europa entre bastidores*, p. 483.

China, generando así un profundo resentimiento japonés. Puerto Arturo fue el primer puerto en aguas cálidas y de acceso al mar abierto que Rusia poseyó, ya que cuando – en 1867 – vendió Alaska a Estados Unidos, desentendiéndose sorprendentemente del problema de tener posesiones en ultramar, esta región no contaba con puertos dignos de mención.

Los intereses rusos y japoneses en el Pacífico entraron en violenta colisión a principios del siglo xx, desembocando en una violenta conflagración armada, la guerra ruso-japonesa, en la cual las fuerzas del Imperio del Sol Naciente, explotando el poder naval y la geografía, derrotaron decisivamente a las fuerzas rusas; esto significó para Moscú la pérdida de la Manchuria, la península de Liaotung y Puerto Arturo, y nuevamente Rusia quedó encerrada en el mar del Japón.

Cuarenta años después Rusia nuevamente entra en el escenario del Pacífico, gracias a la candidez de Roosevelt, quien para comprometer a Stalin a entrar en guerra con el Japón le expresó que “con solo cinco días de campaña, las tropas soviéticas podrían recibir la capitulación de los japoneses, no sólo en los territorios cuya cesión se había previsto en los acuerdos de Yalta, sino en toda la Manchuria y Corea hasta el paralelo 38” (6); lo más paradójico de esta situación es que cuando Rusia entró a la guerra su concurso era completamente innecesario, y este tremendo error político tuvo funestas consecuencias para Occidente, pues Manchuria sirvió de base de operaciones a Mao Tse Tung, permitiéndole apoderarse de toda la China y, años más tarde, poder intervenir activamente en Corea, Indochina y Vietnam, contribuyendo a derrotar, en cada caso, a las fuerzas de las Naciones Unidas, Francia y Estados Unidos, respectivamente.

* * *

La carrera de Rusia, desde su originario enclave mediterráneo hacia las aguas oceánicas periféricas del bloque continental euroasiático, ha durado 10 siglos y seguido ejes radiales muy definidos; se realizó metódicamente, empleando básicamente las vías terrestres, que permitieron a los ejércitos rusos marchar y acercarse al litoral que se quería conquistar; este marcado criterio continental se evidenció aún con mayor énfasis cuando Moscú se deshizo de la valiosísima posición estratégica de Alaska. Así, históricamente, los rusos – hasta mediados de nuestro siglo – han anhelado dominar el litoral marítimo circundante del macizo euroasiático, pero han temido atávicamente internarse en otras aguas para sostener posesiones de ultramar.

Esta absurda situación cambió radicalmente en la década de 1960, cuando el Comandante en Jefe de la Armada, Almirante Gorshkov, interpretando a Mahan bajo el prisma de Marx, logra convencer a la cúpula comunista que para realizar el sueño de la dominación mundial el único instrumento político estratégico que permite cumplirlo es el poder naval, el que capacitaría a Rusia para proyectar su poder militar fuera del ámbito de Eurasia. Pero como dicho poder naval requiere, para gravitar, de posiciones estratégicas en ultramar, Rusia se lanzó a una carrera de conquista de dichas posiciones, sin que ahora existan ejes definidos, sino que se ha transformado en una verdadera avalancha roja que se derrama por todo el globo terráqueo.

También nosotros, ubicados casi en las antipodas del oso ruso, tenemos – más allá del horizonte de nuestro litoral y bordeando nuestras aguas jurisdiccionales – la evidencia del poder marítimo de la Unión Soviética, que se materializa en una enorme flota pesquera, con la bandera de su Imperio en expansión, que depreda impune e incontroladamente los valiosos recursos vivos adyacentes al mar de Chile.

(6) Andre Fontaine: *Historia de la Guerra Fria*, Vol. I, p. 249.

* * *